Tomo 9

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 16

San José, Costa Rica 1924 Lunes 22 de Diciembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *La geografía de monsieur Fatah,* por Manuel Gálvez.—*Como un cuento,* por Clara Diana.—*Nuevo descubrimiento de América,* por E. Ruiz de la Serna.—*Julián del Casal,* por Félix Lisazo y J. A. Fernández de Castro.—*Oración a Cristo,* por Ecco Neli.—*Herejía,* por Carlos Luis Sáenz.—*La Escuela-milagro,* por Frank Tannenbaum.—*Artistas y literatos argentinos solicitan un premio para Lugones.—Dos capítulos,* por Justo A. Facio.—*Discurso.—¿De veras hay San Nicolás? Versos* de Julio Mercado.

La geografía de monsieur Fatah

(De *Caras y Caretas,* Buenos Aires)

En mis tres semanas de Túnez yo no había aprendido una palabra de árabe. En vano pasábame las horas con los textos bajo los ojos, en aquella terraza del hotel desde la que se divisaban, en ciertos momentos del día las colinas, ilustres y desoladas, de Cartago.

Aquel idioma parecíame la cosa más difícil que se hubiese inventado en el mundo. Estudiaba las gramáticas y vocabularios que comprara en una librería y, cuanto más los comparaba unos con otros, más ininteligible hallaba aquella lengua. Debí renunciar a mi sincero deseo de conocer, siquiera insuficientemente, el idioma de mis probables antepasados.

Quince días en las bellas soledades de Hammam-Meskoutine me hicieron olvidar el fracasado aprendizaje del árabe. Pero al llegar a Argel, después de una helada noche de viaje, resolví comenzar otra vez mi tentativa.

Hay en la maravillosa ciudad de Argel toda clase de encantos para el viajero artista: las mezquitas, misteriosas y solitarias; las casas de la vieja ciudad, escalonadas desde considerable altura y que en su prisa de llegar pronto al puerto, bajan amontonadas, metiéndose una casi encima de otra, empujándose a codazos, torciendo bruscamente como en busca de mejor camino; el pueblito de El-Biar, con sus jardines de rosas y aquellas *villas* de ensueño de perfecta blancura, que fueron propiedad de los grandes señores turcos; la campiña que rodea a la ciudad, en la que de cuando en cuando sorprende la blanca tumba de algún marabú; la iglesia de nuestra Señora de Africa, frente al mar, sobre salvajes barrancas y cuya belleza ha sugerido a Gabriel Alomar una de las más admirables páginas de su talento de artista; las bailarinas árabes, con sus sensuales y lánguidas danzas y sus cantos melancólicos; y en una palabra, la vida entera de la ciudad. Pero no voy a evocar ninguna de estas bellezas. Sólo quiero recordar por ahora un episodio, en cierto modo pintoresco, relacionado con mi aprendizaje del árabe.

En la importante Librería Jourdán, que vende todas las novedades de París, pedí que me recomendasen un buen profesor de árabe. Indicáronme a monsieur B. Fatah, autor de varios textos y director de una escuela árabe-francesa. Encontré a monsieur Fatah en su escuela, rodeado de niños, algunos de los cuales cubrían su cabeza con la roja *chachia.*

Monsieur Fatah era negro, pero debía tener sangre árabe o kabila o quizá europea, porque su color negro estaba como gastado o envejecido. Monsieur Fatah era alto, serio sin estiramiento y de maneras amables. Pertenecía a la religión musulmana. Autor de textos, como dije, tenia en Argel prestigio intelectual, y había representado a la enseñanza colonial en un reciente congreso pedagógico que se celebrara en París.

Comenzaron las lecciones en el hotel. Los ingleses, yanquis y alemanes que se alojaban en aquel hotel del bello barrio de Mustapha, miraban con curiosidad a aquel señor negro, correctamente vestido y que jamás se descubría, como si su *chachia* estuviese pegada al cráneo.

Monsieur Fatah me explicó el primer día lo que yo no comprendiera en los textos. Había dos idiomas árabes: el *regular,* o literal, como dicen los españoles, y el hablado. El segundo es un dialecto, y varía en todos los países de lengua árabe. El primero es el idioma del Corán, y en él se escriben los libros y los periódicos, de cualquier índole que sean. Este idioma admirable, de una lógica perfecta, debe ser escrito en forma rítmica y rimada; y así los editoriales de los periódicos de agricultura o las noticias de policía de los diarios árabes nos hacen pensar un tanto en la literatura de monsieur Paul Fort. La explicación de mi maestro fué lo bastante para concluir con las dificultades que yo encontraba en el árabe. Lo estudié con pasión, con rara pasión. En un mes yo manejaba el diccionario árabe francés, cosa por cierto nada fácil dada la índole de aquel idioma. Recuerdo que a las seis semanas monsieur Fatah me dijo: «Ha aprendido usted en mes y medio lo que mis alumnos franceses aprenden en siete años». Monsieur Fatah no se explicaba mis progresos, y los atribuía a que, con toda seguridad, yo tenía antepa-

sados árabes. Pero en realidad mis progresos eran debidos al gran número de palabras árabes idénticas a otras españolas; y principalmente a la inteligencia y las aptitudes docentes de mi inolvidable maestro.

Hace de todo esto trece años. Ignoro si el excelente monsieur Fatah vive o no. De todas maneras, es indudable que no tendrá noticias de este artículo. Buenos Aires, Argel...dijérase que ambas ciudades pertenecen a dos mundos absolutamente desconocidos uno de otro.

Bien. El caso es que mi maestro, en una de mis primeras lecciones, me preguntó por mi país. Mi asombro fué inenarrable al enterarme de los conocimientos geográficos de aquel director de escuela, que había representado a la enseñanza argelina en un congreso pedagógico celebrado en París, que había publicado buenos textos y había sido periodista.

—Pero la América ¿forma una nación o dos?

—En América hay diez y nueve naciones, monsieur Fatah...

Mi profesor lo ignoraba en absoluto. El creía que la América constituía una sola nación y que, hace algunas décadas, el norte había estado en guerra contra el sur por causa de la esclavitud de los negros. Como se ve, confundía a toda la América con los Estados Unidos y no tenía la menor noticia, verdaderamente la menor noticia, de la existencia de esta infeliz América española.

—Pero ustedes—me preguntó desorientado,—¿por qué hablan español?

—¿Qué idioma cree usted que debíamos hablar, monsieur Fatah?

—El inglés...

—Pero, monsieur Fatah—exclamé:—¿quién descubrió la América? ¿No fué Cristóbal Colón?

Yo hice la segunda pregunta temiendo que mi profesor ignorase aquello.

—En efecto—contestó él.

—Y bueno: ¿còmo pudo realizar su viaje? ¿Qué nación le protegió?

Pero monsieur Fatah no estaba mejor enterado de nuestra historia que de nuestra geografía.

Entonces yo le dí una conferencia. Hablé de la República Argentina, de cuya existencia no tenía Mr. Fatah sino una muy vaga idea: de nuestro porvenir y de nuestras riquezas; de cuanto habíamos hecho por la libertad de nuestros hermanos; de Buenos Aires, de nuestros grandes hombres, de la liberalidad de nuestras leyes, de la democracia argentina. Monsieur Fatah me escuchaba extático, como si un mundo entero, para él desconocido, estuviese surgiendo ante sus ojos. No tengo el don de la palabra, pero en aquel momento el amor a mi patria me había dado una cierta elocuencia... Yo no estaba satisfecho, sin embargo. Pensé que mi profesor podría no creerme. Necesitaba una imagen de la grandeza argentina. Quería que mi profesor viese por sus propios ojos alguna cosa material que le revelase nuestra cultura y nuestra capacidad de trabajo. No tenía libros, allí en aquel hotel, tan lejos de mi Buenos Aires. ¿Cómo hacerle ver a monsieur Fatah?...

De pronto resolví el problema. Aquella mañana había recibido unos números de La Nación. Corrí a mi departamento y puse uno de ellos ante los ojos de mi profesor.

—¿Qué es esto?—me preguntaba asombrado monsieur Fatah, que sólo conocía los periódicos franceses, inferiores en mucho al gran diario argentino.

—Esto—le dije, lleno de orgullo—es uno de los diarios más importantes que se publican en español.

Y ante el azoramiento del buen monsieur Fatah, que tal vez estaba avergonzado de ignorar a la República Argentina, empecé a explicar aquellas páginas que él no podía comprender, porque desconocía el español.

—Aquí tiene una imagen concreta—dije, lleno de patriótico orgullo y de entusiasmo—de la fuerza, de la riqueza y de la cultura argentinas.

Mientras volvía lentamente las hojas del gran diario, le mostraba a mi maestro los telegramas de todo el mundo y de nuestras provincias, los artículos de eminentes escritores extranjeros, las informaciones de la Bolsa y del puerto, la crónica del delito, el diario entero, en una palabra. Como siempre, nada faltaba allí, y para mejor era uno de aquellos compactos y formidables números de los domingos, cuando aun no existía el suplemento separado.

Monsieur Fatah me escuchaba mudo y sus ojos africanos devoraban las páginas del gran diario. Yo estaba emocionado. Aquello evidenciaba la importancia de mi patria, tan desconocida en Europa por entonces, tan ignorada por los ingleses y los alemanes que vivían en aquel hotel. Y cuando terminé, dije:

—Aquí tiene usted lo que es la República Argentina. Un país que realiza estos esfuerzos de cultura y de trabajo es una gran nación.

—En efecto—asintió el pobre monsieur Fatah, abrumado por mis pruebas. Y mientras yo saboreaba mi triunfo y sentía como si algo hubiese en mí de la grandeza argentina, monsieur Fatah humildemente, me dijo:

—¿Quiere prestarme este diario? Voy a mostrárselo a mis amigos periodistas de Argel, para que sepan cómo se trabaja en América.

Manuel Galvez

Como un cuento

Se ha roto como un vaso sagrado,
aquel poema que en silencio tejimos.
¿Recuerdas lo que hubimos soñado
lo mucho que siempre nos dijimos?

Tus promesas que son niebla deshecha,
fueron el aleteo sutil en otros días...
Hoy queda flotando alguna fecha
en el hastío grisáceo de las horas mías.

Fué estrella azul la que encendiste
cuando mi alma estaba triste
y tú le hablabas de cosas delicadas.

Y así, un tanto adormecida, indiferente,
me conforto, pensando que la vida
es un maravilloso cuento de hadas!

Clara Diana.

(Costa Rica, 1924).

Nuevo descubrimiento de América

Una entrevista con Américo Castro

(Del *Heraldo de Madrid*. Madrid)

En este yermo desolador que es la vida espiritual española quedan todavía algunos hombres—muy pocos—que, en recoleto apartamiento, velan la débil lámpara de nuestra cultura para que su parva luz no acabe de extinguirse. Son a modo de aquellos monjes medioevales que en los siglos bárbaros acogieron en la paz de sus claustros y salvaron de naufragio cierto el tesoro intelectual de Europa.

No pertenecen, por lo común, estos hombres, a esa estirpe de sabios hoscos y sórdidos que guardan su ciencia como los avaros sus dineros, y puesto que ceden alguna, lo hacen con tan rudo gesto y agrias palabras que no hay quien la trague. Trátase, por lo contrario, ahora, de gentes muy cumplidas, y corteses, de amable y generosa condición, que a nadie niegan la parte de sabiduría que pide, sino antes le requieren a compartirla, y se la aderezan y aliñan del modo que la haga más grata, leve y sabrosa. Viene de aquí que en torno a estas figuras se agrupen juveniles coros, de donde han de salir luego las voces más puras.

Tipo representativo de este linaje de españoles es D. Américo Castro, cuyo nombre cobra ahora rango de símbolo. El señor Castro, en efecto, retornó no ha mucho de un largo viaje, cuya relación, si la hiciere, pudiera titular: *Nuevo descubrimiento de América*. El deseo de saber algo de tan levantada empresa nos ha llevado hoy a visitar al joven catedrático.

Me recibe éste en su despacho del Centro de Estudios Históricos; clara y holgada pieza que se abre a la bella calle de Almagro—más bella que nunca en la dulce tarde otoñal que tan bien se acuerda con el ambiente reposado y señoril de esta vía.

En el rostro y traza de Américo Castro se declara la huella de la raza más fuerte y más voluptuosa, más viril y más delicada, más acometiva y más ensoñadora que ha dominado en España. Su tez pálida y mate, enmarcada por suave barba negra; su fino perfil, su silueta ágil y ligera, de concierto con su expresión meditativa y su pausado ademán, hacen evocar una de aquellas figuras arábigas que, inclinadas sobre alambiques y retortas, o mirando a los cielos en las noches estrelladas, o, simplemente, escuchando la voz de su propio espíritu, arrancaron al Misterio sutiles y hondas confesiones, que luego tradujeron en extraños signos.

—De modo que lo que usted quiere de mí...—insinúa el profesor.

—Lo que yo quiero de usted—declaro—es oir algo de lo mucho que tendrá que decir de su viaje a América, y más concretamente, de la famosa cuestión de los americanismos en nuestra lengua y de la medida en que puede aceptárseles y darles asilo.

Como buen hombre de ciencia, Américo Castro es amigo del método.

—Procedamos por partes—dice—. Ante todo fijémonos en que antes de hablar del español en América conviene aludir al español en España. Y es lo cierto, lo tristemente cierto, que en España no se estudia el español. Es un caso único este de un país que no se interesa por su idioma, que no enseña su idioma. En París, sin ir más lejos, hay 11 escuelas oficiales dedicadas exclusivamente al estudio de la lengua francesa. Este es el ejemplo de Francia. No digamos lo que ocurre en otros países. Pero aquí...

Una pausa, subrayada por un gesto de desaliento, y luego:

—Aquí—prosigue mi interlocutor—no preocupa nada de esto. No hay libros para aprender el español, o, si los hay, son tan malos que más valía que no los hubiera. Y así resulta que España no ejerce la influencia que debiera en América. Esto sólo se podría conseguir con maestros capacitados para enseñar allí el español.

—¿No será también—interrumpo—que se nos mire allí con alguna prevención y prefieran los profesores indígenas?

—No lo crea usted—protesta, no ya sólo con los labios, pero también con ojos y manos Américo Castro— En los países americanos no cabe una disposición más favorable para nosotros. Y esto ocurre lo mismo en las grandes naciones, como la Argentina, que en los pequeños Estados, como Costa Rica. Mire usted...

Levántase Castro, y de un montón de periódicos escoge dos o tres ejemplares.

—Aquí tiene—continúa mostrándomelos—unos números del Repertorio Americano, semanario de cultura hispánica.

Es, en efecto, una revista de no muchas páginas; pero éstas de copiosa y muy trabada lectura, donde a los temas españoles, en general, se unen páginas firmadas por nuestros escritores contemporáneos y breves antologías de los clásicos.

—Dirige esta publicación—sigue hablando el profesor—un costarriqueño que, a pesar de serlo muy de corazón, es también ardiente hispanófilo. Hablo de don Joaquín García Monge.

—Pero, ¿y el Estado español? ¿No sabe esas cosas? ¿No hace nada?

—Aquí las cosas se hacen ellas solas, a pesar de la inhibición (cuando no resistencia) oficial. Si hay escritores, si hay intelectuales, si hay artistas es por obra y gracia del Espíritu Santo.

Yo, el más humilde de los autodidactos, asiento mudamente.

—Por eso, a pesar de la abstención de nuestros Poderes públicos, se va logrando intensificar la enseñanza del español en América. Y aquí conviene recordar un hecho curioso.

Como el folletinista que en el punto más interesante detiene su relato, así Américo Castro hace un breve silencio en el suyo, en tanto que, luego de ofrecerme otro, enciende un cigarrillo. Muy luego viene la *continuación:*

—En 1890, la República de Chile necesitaba organizar sus estudios hispánicos de filología. Por entonces no había en España doctores—ni acaso iniciados—en esta disciplina. ¿Qué hicieron entonces los chilenos? Muy sencillo: acudir a dos alemanes, filólogos famosos, que habían dedicado las más de sus vigilias a desentrañar los secretos de nuestra lengua. Estos sabios profesores eran los señores Rodolfo Lenz y Federico Hansen. Lo que escribieron forma una montaña de papel impreso. Vea usted, para muestra, estos botones.

Vuelve a levantarse Castro, y de un estante abrumado por el peso de libros y folletos extrae una pila de ellos que coloca ante mí. Voluminosos tomos, luengas monografías, revistas, memorias, componen una copiosísima bibliografía hispánica... escrita en alemán.

—Esto—comenta con su tanto de ironía mi visitado—para que digan que estas cosas filológicas son cuentos de vieja.

Vuelve a colocar en su sitio los intrincados tomos y sigue:

—Hasta que Altamira fué a Chile en 1911 no se escuchó allí la voz de un español autorizado. Ni Menéndez Pelayo, ni la señora Pardo Bazán, ni siquiera Melquiades Alvarez, que habían sido invitados a dar allí algunas conferencias, aceptaron el requerimiento.

Doce años más tarde, en 1923, la Argentina siguió el ejemplo de Chile y organizó, a su vez, los estudios hispánicos.

Pero los argentinos quisieron que fuese un profesor español quien fundase el Instituto de Filología de Buenos Aires, y se lo pidieron a la Escuela de Filología de Madrid, creada gracias al esfuerzo y a la perseverancia de Menéndez Pidal.

Yo fuí el designado para llevar adelante tan grata misión. He estado allí un año, y puedo asegurar que no he observado la menor prevención contra España. A sustituirme ha ido ahora D. Agustín Millares. Todo ello se debe a la iniciativa del ilustre argentino y gran hispanófilo D. Ricardo Rojas, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, en quien el amor a su patria no quita a su acendrado afecto a España.

—Y estos sentimientos, ¿son allí muy generales?

—Sí, sí. Entre la gente *que cuenta*, no hay hispanófobos en la Argentina.

—¿Visitó usted algún otro Estado?

—Sí. Estuve también en Chile, adonde fuí igualmente invitado. Y observé allí una disposición francamente propicia a enterarse de nuestras cuestiones lingüísticas. Y ni allí ni en parte alguna observé ningún sentimiento particularista que se reflejase en el empeño de hablar o pronunciar de manera distinta que en España.

A este propósito, puedo citarle tres hechos halagüeños: el año pasado decretó el Gobierno chileno la ortografía única, es decir, la oficial en España, de la que tan sólo la chilena difería, siquiera no fuese en mucho. De todas suertes, era una excepción enojosa. Portugal y el Brasil, en cambio, no han visto aún lograda esta unidad ortográfica.

Otro caso: el Gobierno de Bolivia acaba de decretar que se enseñe la pronunciación de la *zeta*, que los americanos, como los andaluces, hacen *ese*.

Buenos Aires, finalmente, crea, como le he dicho, un Instituto Filológico, y lo pone en manos de españoles. ¿Qué más podemos pedir? Lo que podemos pedir no ha de ser a América, sino a la propia España; esto es: que fomente en su mismo terruño los estudios de lengua española. Esta es nuestra arma más formidable. Nos han vencido en todos los terrenos, menos en el del idioma.

—Y en la cuestión concreta de los americanismos y su uso, ¿qué opina usted?

—Aquí tengo—replica Castro, sin contestar por el pronto directamente y alargándome una cuartilla escrita—unas cuantas palabras que se usan en América, y de las cuales muchas no son sino regionalismos, como los que tanto abundan en España. Vea usted.

Veo, en efecto, y veo que entre estas palabras hay algunas, no ya sólo admisibles, en nuestra lengua, sino preferibles a las que nosotros usamos: tales la linda, graciosa y archicastiza *conventillo* por *casa de vecindad;* la lógica y justa *estadounidense*, que evita el despectivo *yanqui* aplicado a los naturales de los Estados Unidos o que éstos acaparen el dictado de americanos, como si ellos fuesen los únicos habitantes del Nuevo Continente; y así se pudieran citar a centenares. ¿Por qué, por ejemplo, no se ha de decir *responsabilizar*, por *hacerse responsables?* ¿O *cansador* por *fatigoso?*

—Muchas de estas palabras—dice mi interlocutor—son realmente españolas. Sólo que tienen otras sinónimas que son aquí las de uso corriente. *Prometer*, por ejemplo, se usaba antaño por asegurar y así la ve empleada en nuestros clásicos. Otras son neologismos, algunos tan afortunados como acaba usted de ver.

A este punto, cito yo al maestro un neologismo oriundo de la plaza del Progreso. Noches atrás atravesaba yo tan céntrico paraje; detrás de mí venían dos castizos, y uno de ellos decía al otro:

—Lo que yo te digo es que no hay manera de entenderse con esa familia. Es mucha *empedernidez*.

Hácele gracia el neologismo al filólogo y aún lo tiene por feliz y aceptable. Luego me habla, confiado, del porvenir.

—Está ya vencida—afirma con gesto optimista—la época peligrosa, que culminó en 1900. Hubo por entonces un francés, apellidado Abeille, que se salió con un libro titulado *El idioma nacional de los argentinos*, y el idioma nacional de los argentinos consistía en decir *pior* por *peor*, *aujero* en vez de *agujero*, *páis* por *país*...

—Lo mismo podría ser—infiero yo—el idioma nacional de Villamanta o de la calle de Cabestreros.

—Exactamente. Aquel osado señor quería hacer creer a los argentinos que su verdadera lengua era la española corrupta y plebeya. Sólo que los argentinos, demasiado listos para caer en un lazo tan burdamente tendido, no le hicieron caso y le colmaron de ridículo.

Y eso que en la Argentina es donde más peligro puede haber para nuestro idioma, por ser allí la inmigración mayor que en nación alguna. Franceses, italianos, judíos, rusos... ¡qué se yo!, conviven en aquella torre de Babel. Y, sin embargo, el español se salva hasta ahora. A ello contribuyen en gran modo estos grandes periódicos que se llaman *La Nación* y *La Prensa* (y el profesor extiende ante mí sendos ejemplares de los famosos diarios bonaerenses), que seleccionan y depuran su colaboración, donde la española tiene amplia parte.

La grata charla se prolonga tanto, que no puede ser toda ella recogida aquí. Vuelve a lamentarse Castro de la indiferencia de España para sus más vitales problemas.

—El abandono en que tenemos nuestra lengua es inconcebible—dice—. Carecemos de un buen diccionario, que no ya recoja las diversas acepciones de las palabras, sino que las califique y gradúe. Hace años lancé yo, como un grito de angustia, mi libro *La enseñanza del español en España*. Nadie me hizo caso. Fué la voz clamante en el desierto. ¡Cómo vamos a enseñar español en América si empezamos por ignorarlo en España!

En América, repito, no hay prevención alguna contra nosotros. Les duele, sí, que cerremos las puertas del idioma a palabras y locuciones allí corrientes, y que no sólo no lo desnaturalizan, pero que a veces lo nutren y enriquecen con palabras no nuevas siempre, sino sencillamente caídas en olvido. A medida que aumenta la cultura, los idiomas se refinan.

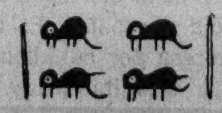
Se habla ahora mucho del analfabetismo. Pues, ¿y el *anagrafismo?* Quien no sepa escribir bien en su idioma, difícilmente podrá hablarlo. Ni pensar puede el hombre que no sabe escribir.

Su labor en el Centro de Estudios Históricos requiere al profesor. Me tiende éste la mano. Y de nuevo me veo en la calle de Almagro.

Este nombre evoca en mí la época heroica, la gesta de los conquistadores. ¿Dejaremos perder del todo lo que ellos nos legaron?

Ahora, en vísperas de la Fiesta de la Raza, hagamos examen de conciencia y propósito de enmienda. Si hay algo esencial a la vida de una raza, es el idioma. ¡Salvemos al nuestro para nosotros mismos y lo demás se nos dará de añadidura!

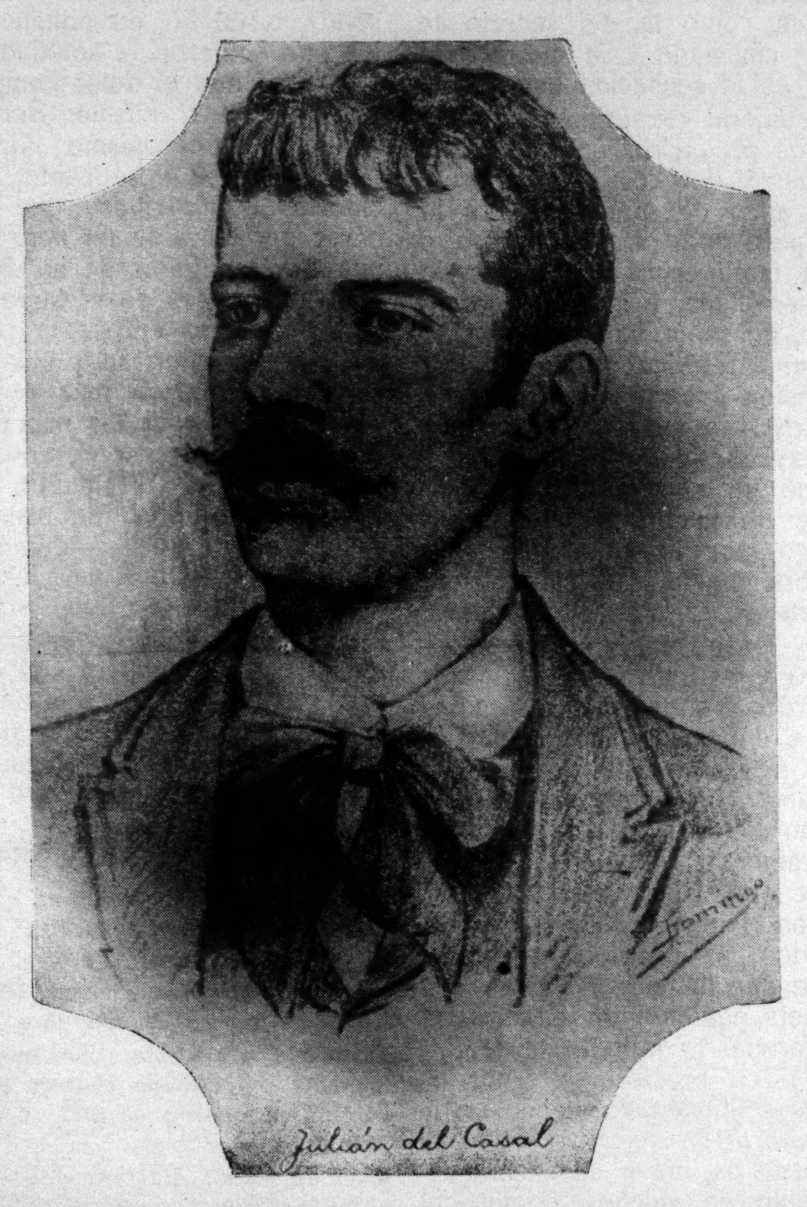
E. Ruiz de la Serna



Julián del Casal

Habana, 7, noviembre 1863. 21, octubre 1893.

(De *Social*, Habana).



NACIÓ en la Habana en 1863. Murió en la misma ciudad en 1893. Se educó en el Colegio de Belén, bajo la dirección de los PP. Jesuitas, educación primera que ha de influir más tarde en algunos aspectos de su obra. Desempeñó luego un empleo subalterno en la Dirección de Hacienda de la Isla, cuyo puesto perdió por cierto artículo aparecido en *La Habana Elegante,* revista semanal de la que fué uno de los más asiduos colaboradores, sobre uno de los personajes más conspicuos de la colonia, que aparecía en dicho artículo de cuerpo entero. Con él inauguró su serie sobre la *sociedad en la Habana* (1888). Posteriormente, y con el producto escasísimo de la venta de un solar, única herencia de sus padres, hizo un rapidísimo viaje a España, donde conoció al fino poeta y sagaz crítico don Francisco A. de Icaza, con quien entabló una verdadera amistad, continuada por correspondencia, hasta la muerte de Casal. Icaza guarda celosamente las cartas de Casal, como recuerdo de su desgraciado amigo, muerto prematuramente. A su regreso de España se consagró Casal por completo a la literatura, colaborando en varios periódicos y semanarios locales. En 1890 publica *Hojas al viento,* donde con algunas paráfrasis y traducciones de Heine, Hugo, Gautier y algún otro poeta francés, nos revela en sus poesías originales un verdadero temperamento poético. Es después de la publicación de su primer libro, que por sugestiones amigas se pone en contacto con los autores franceses en boga entonces, y devora en rápidas lecturas asimiladas prontamente debido a su peculiar estado de ánimo, a Baudelaire, Verlaine, Moreas, Huysmans, y a todos los autores de las escuelas post-románticas. En 1892, minada ya su salud siempre precaria—sufre de vértigos e insomnios horribles que trata por el procedimiento de los alcaloides—da a la imprenta su libro *Nieve.* Conoció en el mismo año a Rubén Darío a su paso por la Habana, y durante la permanencia del poeta en esta ciudad, Casal publicó en *La Caricatura,* periódico del que fué redactor, los fragmentos de Darío consagrados a *La negra Dominga.* Darío le dedicó *El clavicordio de la abuela,* y recuerda su amistad con nuestro poeta en el artículo titulado *El General Lachambre,* recogido en el volumen póstumo *Ramillete de Reflexiones,* en otro dedicado a Manuel S. Pichardo, incluido en *Letras,* y en una carta dirigida a Enrique Hernández Miyares y publicada en la *Habana Elegante,* año x, número 24. Casal refiere su amistad con Darío en *Páginas de vida,* donde describe los momentos de la partida de su amigo, y anteriormente había publicado un artículo crítico sobre la obra de aquél, en *La Habana Literaria.* También sostuvo amistad epistolar con Gómez Carrillo—exégeta entonces en París, ciudad con la que Casal deliraba, de las nuevas escuelas literarias— quien en alguno de sus libros ha recordado con emoción la amistad que lo unió a nuestro desventurado poeta. A fines de 1893, no cumplidos aún los 30 años, murió repentinamente, en medio de una fiesta, como habia sido su deseo, y cuando la salud recobrada, la fama cimentada ya, presagiaban para él un futuro lleno de felices promesas y fáciles realizaciones. El grupo de sus amigos—Hernández Miyares, Catalá, Valdivia, F. Díez Gaviño, Francisco Chacón, R. Mesa y Manuel de la Cruz—unido a los jóvenes poetas que se proclamaban sus discípulos—los Uhrbach y Juana Borrero—lo trataron siempre con fraternal amor, y después de su muerte cultivaron su memoria creando *el día de Casal,* y trasmitiéndolo a las nuevas generaciones, entre las que es ya proverbial.

Desde la aparición de su primer libro de versos, pudo señalársele como un extraviado de la conocida y trillada senda de la poesía dominante en aquel

momento, que una más áspera sensibilidad consagrara; como un atacado de *decadentismo* o *modernismo decadente*. Crítico de la penetración de Nicolás de Heredia, pudo echarle en cara, como extravíos, o delirios, una tristeza irremediable, un desmedido exotismo, un hastío de todo que se refugiaba en un mundo de pura imaginación. Sin embargo, tuvo que reconocerle dotes formales, como la del secreto de la expresóin primorosa y cincelada y la del acierto descriptivo, condensando así la sensación que la lectura de aquel libro le produjera: «experimentamos un efecto parecido al que nos produciría un salón lleno de marfiles, sedas, estatuas y dorados; pero a oscuras». La luz interior del alma del poeta no era lo suficientemente intensa para que fuera percibida a simple vista, o por pura inteligencia; era necesario una sensibilidad muy desarrollada, y la crítica de entonces, en nuestro medio, no sabía valerse aún sino de los viejos signos de una retórica anticuada. Por suerte halló una comprensión feliz, a la vez que una voz de aliento, en la crítica avanzada de Enrique José Varona, que supo explicar la verdadera significación de su poesía, como un singular producto de un talento muy real y de un medio completamente artificial, que sin embargo, por la sinceridad y la fuerza con que actúa sobre la sensibilidad del poeta, constituye una buena parte de su mundo verdadero, sustituyendo de tal modo los objetos por imágenes e ideas, que los considera y los trata como tales objetos, los ama o los aborrece y son al cabo la materia de su inspiración. La crítica que reprochara a Casal la extravagancia o la rareza de su inspiración, no había comprendido hasta qué punto era sincero consigo mismo, ya que no hacía sino expresar sentimientos propios, en un ambiente que en apariencia parecía artificial, pero que era el propio ambiente de su alma, creado por una fantasía delirante y un gusto depurado, alimentados por una lectura caudalosa y exquisita; ambiente que llega a hacerse connatural en la obra del poeta, equilibrando, cuando no venciendo, como dice Varona, la influencia de las circunstancias externas. Y es precisamente por el consorcio íntimo entre sus sentimientos poéticos y el ambiente de irrealidad *natural* en que se producen, por lo que la obra de Casal da, no la sensación de la obra rara o trivial, como en muchos poetas de los que se llamaron entonces decadentes, sino por el contrario, una marcada sensación de vigor. Y es que Casal no trabaja su verso para decir lo raro, sino el instante raro de la emoción noble o graciosa, para decirlo con palabras de Martí en la muerte del poeta.

Hojas al viento no era, a pesar de estar allí contenidas ya las preferencias y las direcciones del poeta, sino un anticipo de su obra futura. Aunque contrarrestadas por influencias parnasianas de Heredia y de Coppée, parnasiano éste en la forma más que en el fondo, pesaban aún sobre Casal influencias del romanticismo francés (Hugo y Musset). De éstas se librará más tarde, pero la influencia de los parnasianos se acentuará en su segundo libro *Nieve*, de una factura depuradísima, impecable casi, y se unirá a ella la influencia de los simbolistas, Verlaine y Moreas sobre todo, así como la de Rubén Darío. Y como una musa tutelar, flotará sobre la obra del poeta la sombra enorme de Baudelaire, bajo cuya advocación pondrá los versos de su último volumen, *Bustos y Rimas*.

Para comprender su inspiración habría que pensar en esos seres a quienes jamás la risa «estrecha el arco lívido de sus labios», o en «la tristeza prematura de los grandes corazones», o en un espíritu «voluble y enfermizo, lleno de la nostalgia del pasado», o, en fin, en aquella incurable amargura de los que sintieron la soledad inmensa de la vida, en la que ni aun el dolor comprende al dolor, y el alma se ignora a sí misma. Será elegíaco por temperamento, y su pesimismo filtrará gota a gota el vino amargo de su desencanto. Pero será a la vez un cincelador maravilloso, que lanzará al azul la sutil y aérea apoteosis de un pensamiento ingrávido, o hará palpitar las figuras de un bajorrelieve, o hará vivir bajo los colores de la tarde, un paisaje de ensueño o de tristeza, entrevisto por la exaltada fantasía. Para comprender su preciosismo habrá que pensar en la imaginaciòn más portentosa, encadenada en cárcel vil, soñando los más febriles sueños de belleza en una vida monótona, entre gente vulgar. Se rodeó de exóticas preciosidades, porcelanas de China y biombos del Japón, para aislarse del medio asfixiante; perfeccionó, artífice supremo, la expresión de su arte, para ser el único y para estar sobre la mediocridad ambiente, aristócrata del verso y del matiz quintaesenciado. Tuvo la gran sinceridad de su dolor, que era incurable, como el mal que de temprano lo acechó. ¿No fué el también un mártir, «un mártir que sufre el triple martirio de su destino, de sus aspiraciones y de su medio social», para decirlo con palabras suyas aplicadas a otro poeta?

Bibliografía

Obras Poéticas, *Hojas al viento*. Primeras poesías. Imprenta El Retiro. Habana. 1890. *Nieve*. (Bocetos antiguos. Mi museo ideal. Cromos. Marfiles. La Gruta del Ensueño). Imprenta La Moderna. Habana. 1892. Trelles cita una edición hecha en México de este libro, con prólogo de Luis G. Urbina. *Bustos y Rimas*, Biblioteca de La Habana Elegante. Imprenta La Moderna. Habana. 1893. Rufino Blanco Fombona publicó en Madrid, en 1917, unas *Poesías Escogidas*, en la Editorial América, que contienen lo más representativo de la labor de Casal. Anteriormente el mismo Blanco Fombona lo había hecho incluir representando a Cuba, en la Antología de C. S. González, titulada *Poetas modernistas de América*. Garnier Hermanos. París. 1913.

Consúltese: *Josè de Armas*. Estudios y retratos. Madrid. 1911. Emilio Bobadilla. *Triqui-traques*. Madrid. 1892. Manuel de la Cruz. *Cromitos cubanos*. Habana. 1892. Nicolás Heredia. *Puntos de vista*. Habana. 1891. E. Hernández Miyares, *Prosas*, Habana. 1916. Eulogio A. Horta. *Bronces y Rosas*. Habana. 1906. José Martí. *Hombres*. Habana. 1906. (Reproducido en *Páginas Escogidas*. Garnier Hermanos. París. 1923). Manuel Sanguily, *Hojas Literarias*, T. II, La Habana. 1893. Durante la vida de Casal, y ocultándose tras el pseudónimo de *César de Guanabacoa*, un periodista de bajo vuelo, llamado Ciriaco Sós, publicó un folleto titulado *Un falsario de la rima: Julián del Casal*, monumento de incomprensión y de crítica pedestre. En 1910, Ramón Mesa, extrayéndolo de la *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, volumen XI, número 2, publicó otro folleto donde se contiene un minucioso estudio biográfico-crítico del poeta.

En distintas ocasiones José Enrique Rodó y Rufino Blanco Fombona han señalado el lugar preponderante que a Julián

del Casal le tocaba ocupar en el movimiento de renovación efectuado en la lírica hispano-americana. Isaac Goldberg, Alfred Coester, Max Henríquez Ureña y Julio Cejador y Frauca estudian, en sus respectivas obras: *Studies in Spanish American Literature, The Literaty History of Spanish America, Rodó y Rubén Darío* e *Historia de la Literatura Castellana*, el aporte de Julián del Casal en dicha renovación. Arturo A. de Carricarte, en un largo ensayo publicado en el año 1815, intentó la revisión de Casal. También la ha intentado Rafael A. Estenger en *El Cubano Libre*, Santiago de Cuba, 2 de noviembre de 1918.

FÉLIX LIZASO
y JOSÉ A. FERNÁNDEZ DE CASTRO

(Del libro en preparación, *La Poesía moderna en Cuba*. 1882-1922).

Oración a Cristo

Cristo, libro abierto en donde se puede leer toda la sabiduría: clavados están tus pies y tus manos, con clavos formidables: la sangre corre hilo a hilo por tu cuerpo: roto está tu pecho, y esa herida parece una rosa, como si el incontenible amor de tu corazón hubiese reventado en flor.

Tu cabeza, coronada de espinas, se dobla; en los párpados entornados y en la ojera, ha marcado el sufrimiento su tinte violáceo; se cuajan las lágrimas en las pestañas... Cristo! Qué de angustia hay en tus bellos ojos; cómo lloran tus ojos divinos!

Pero en donde está prisionero el dolor es en el rictus de tu boca; oh! la sequedad de tus labios! Tengo sed, has dicho. Tengo sed!

Oh! tus labios sedientos de amor, tus pálidos labios, tus labios amargos...

Y el grito resonó en los ámbitos y estremeció la tierra; se abrieron las tumbas y el cielo se tiñó de sombra.

El grito!

El humano grito de Dios!

El dolor del Cristo prisionero en sus labios, estalló en ese grito, y resonó en los ámbitos y estremeció la tierra...

Oye, Cristo, oye hermano! Somos también unos crucificados; tenemos también como tú, una corona de espinas en el corazón; ¿no ves como sangran los corazones de los hombres? ¿No vez a cada corazón clavado en su cruz?

Como tú, agonizamos sedientos; tenemos sed...

Y hemos de doblegar la cabeza con resignación, porque tú, Cristo, lo has hecho...

Oye: cómo hay hombres que gritan su dolor... ¿No oyes la queja de tantos humanos?

Cristo de los bellos ojos compasivos; ten piedad de los que gimen sin ser escuchados!

La débil queja de un hombre no tiene eco en la tierra; no estremece la tierra como un grito de Dios...

Pobrecillos los que lloran sin ser escuchados!!

Pero oye: hay algo que merece mayor compasión: el dolor oculto. Los hombres que callan. Los hombres que esconden sus grandes tristezas! Los que no tienen la fuerza de exhalar un grito, ese grito inútil que puede dar un hombre!

Oh! pálido Cristo, piedad! ¿No eres tú el Dios? Compadécete de los que callan... que son los más dolientes de los crucificados!

ECCO NELI

(El Tiempo, Bogotá).

Herejía

Tiene mi amigo un hijo
que es un encanto,
un angelillo loco,
sonriente y sano.
Juega por las mañanas,
ginete mago,
con las crines al viento
que es su caballo.
Juega en los mediodías
bajo el naranjo,
en la sombra aromada
que echa en el patio.
Juega todas las tardes,
él es soldado;
y un escuadrón de chicos
tiene a su mando!
Cuando llega la noche,
riente y descalzo,
en su alcoba lo encuentro
siempre jugando.
Sus picardías comete
de vez en cuando
y tienen seriamente
que regañarlo.
Le roba los azahares
a los naranjos,
y por hacer soldado
quiebra los platos!
Asusta las gallinas,
corre los pavos,
deja abierta la jaula
de los canarios.

Esta noche la abuela,
ya al acostarlo,
de todos sus desmanes
le hacía inventario
y con dos mil detalles,
«para enmendarlo»
describía los horrores,
que a no dudarlo,
sufriría en el infierno
por «niño malo».
El pobre lo escuchaba
triste, asustado,
y con voz temblorosa
ya arrodillado,
rezaba así: «¡Dios mío,
dame tu amparo,
yo quiero ser tan bueno
como los santos:
le prometo a abuelita
ser más aseado,
no quebrar más los vidrios
de los retratos,
ni recortar las letras
que traen los diarios.
Dios mío, tú que me quieres
y puedes tanto,
para que no me lleve
haz bueno al Diablo!»

CARLOS LUIS SÁENZ

Heredia, 1924.

La Escuela-milagro

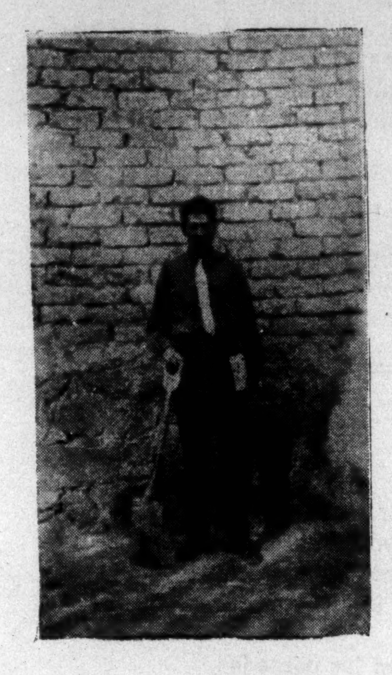
=Traducción del folleto *The Miracle School*, by Frank Tannenbaum. New York City.=

Toda la situación educacional de México es en extremo interesante, tal vez lo más interesante de México. A la cabeza del Departamento de Educación se halla el Sr. José Vasconcelos, cuya suma ambición es darle a México un sistema de escuela pública. Son tan numerosas las dificultades, escasean tanto el equipo material y el personal docente, que él está pronto a aceptar cualquier ayuda, venga de donde viniere. Se le atribuye el dicho de que si el diablo llegara a ofrecerle fundar una escuela que enseñe a leer y a escribir a los niños, le daria una cordial bienvenida. El problema de los *standars* (1), de los métodos, de los planes de estudio—todo eso que venga más tarde; la primera urgencia son las escuelas en que los niños aprendan a leer y a escribir.

Cierto día se allegó un hombre a la oficina del Sr. Vasconcelos y le dijo:

—Señor, deseo fundar una escuela.

—Adelante: estoy encantado, dijo el Sr. Vasconcelos.



El maestro OROPEZA

—Deseo fundar una escuela en la Colonia de la Bolsa, dijo el hombre.

El Sr. Vasconcelos le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿En la Colonia de la Bolsa? Repitió el Sr. Vasconcelos con tono sorprendido.

—¿Sabe Ud. lo que es la Colonia de la Bolsa?

—Sí, lo sé, interrumpió tranquilamente el visitante, el Sr. Oropeza.

El Sr. Vasconcelos sonrió y dijo:

—Le doy mis bendiciones. Váyase y establezca la escuela.

Todos saben que la Colonia de la Bolsa es el paraíso de los ladrones. No se quiere decir que el paraíso sea como la Colonia de la Bolsa. Es el asilo de los expulsados de la ciudad de México. En la Colonia de la Bolsa se congregan los patanes, vagabundos, ladrones, rateros, salteadores y mujeres de mala reputación. Allí no hay policía; primero, porque no estaría segura y segundo, porque el pueblo es tan pobre que nunca se roban los unos a los otros. El lugar no tiene calles. En el distrito jamás se recojen las basuras. No hay cañería y el Departamento Sanitario no sabe si existe o no la Colonia. Sé de personas que en la Colonia de la Bolsa tienen propiedades, pero que nunca van a recoger sus rentas. No estarían seguros, y la gente no tiene dinero. Jamás ha tenido el distrito una escuela. Se le ha dejado entregado justamente a su propio destino, y en el olvido, salvo a los niños delincuentes. La mitad de los de la ciudad de México de allí provienen.

Cierto día el Sr. Oropeza se apareció en el distrito. Un hombre común, de mediana estatura, moreno, de ojos pequeños y redondos; habla en voz tan baja que más parece cuchicheo; más bien retraído, tímido, modesto; delgado, algo encorvado, no llama la atención de nadie. Se fué a vivir a una de las casas del distrito y dos meses tardó enterándose de los alrededores y de sus nuevos conocidos.

Un domingo por la mañana sorprendió a sus vecinos presentándose por las calles con un carretillo de libros. Llamó a la primera puerta. El dueño de la casa salió y el Sr. Oropeza dijo:

—Buenos días. ¿Qué le gustaría leer hoy?

Todos en México son corteses, hasta los ladrones son finos. El hombre le cogió el sombrero, hizo una reverencia y dijo:

—Buenos días, señor.

Luego, no sabiendo qué hacer, llamó a su esposa, y ésta a los niños. Ofrecer algo y no aceptarlo está fuera de las reglas de moral, y así, después de mucho discutir y examinar, escogieron un libro, y el Sr. Oropeza les dijo que el domingo próximo vendría por él y les traería otro. Y se fué de puerta en puerta, hasta que los libros se le acabaron. Volvió al domingo siguiente con más libros y halló que algunos de los hombres los habían envuelto en periódicos para que no se ensuciaran. Otros los habían forrado y hasta algunos que no sabían leer, buscaron a un andrajoso mendigo que les leyera, pagándole por contribución personal de algunos centavos.

Siguió así el Sr. Oropeza nueve meses. Fundó una biblioteca de setecientos volúmenes. Nunca perdió un libro. A buena mañana lo esperaba la gente en las gradas de la casa. Venían los niños y le ayuduban a tirar del carretillo. Se volvió el amigo y confidente del vecindario. Los niños lo saludaban sombrero en mano. Una clara mañana uno de los viejos del vecindario vino y le dijo:



El Comisario de Agricultura hablando a una asamblea de agricultores mexicanos

(1) Normas a qué atenerse.

—Señor, qué bonito sería que Ud. tuviera una escuela para nuestros hijos!

—Sí, dijo el Sr. Oropeza.

—¿La tendremos?

—Vamos a ver eso, dijo el Sr. Oropeza.

—Sí, vamos a verlo, dijeron los dos.

2

Cierto día, delegados de la Colonia de la Bolsa se presentaron a la oficina del Comisario de Educación y sorprendieron al Departamento con la demanda de una escuela. Dijo el Sr. Vasconcelos:

—No tengo nada que darles, salvo una antigua cervecería en la Colonia de la Bolsa. Cójanla y hagan la escuela.

La última casa del distrito, eso era la vieja cervecería; la habían destruido los revolucionarios; las paredes y el cielo raso estaban en el suelo. El maestro reunió a los niños y les dijo:

—Hagamos una escuela.

Aprobaron la cosa. Limpiaron el sitio primero y a reconstruir. El maestro les mostró el modo de hacerlo. Con el pico sacó una piedra y se la llevó. Hicieron los niños lo mismo. No había organización. No había el haga Ud. esto, y a hacerlo el niño. Los niños sabían lo que había que reconstruir y todos hicieron lo que pudieron o quisieron. Hacían unos una cosa y otros, otra; y algunos en el día hacían una docena de cosas. Sentábanse cuando estaban cansados y trabajaban cuando tenían ganas. Poco a poco los niños se dividieron en grupos. Arrancaban unos la yerba con las manos, otros acarreaban piedras, otros empujaban el carretillo y todos gozaban con eso: Cada grupo halló su jefe propio, y los niños con toda naturalidad lo llamaban un comisario. Y al llamarse comisario se sintió como tal y adquirió un sentido de responsabilidad y nuevas ideas. Había un comisario del carretillo y un comisario de amontonar piedra. Hubo tantos comisarios como ocupaciones y como grupos diversos concentrados para un asunto particular. Hoy un niño sería comisario de una cosa, mañana de otra; así el trabajo progresó gradualmente. De solo un cuarto los niños sacaron cuatrocientos carretillos de piedra y tierra, y todo lo hicieron en medio de la mayor alegría. Los niños del vecindario oyeron hablar de la gran empresa y vinieron a tomar parte en ella, porque con eso se gozaba.



Trabajando en el jardín

En un rato habían limpiado el lugar, y los muros y cielos empezaron a reconstruirse, y los niños vinieron al maestro para decirle:

—Maestro, ¿hacemos esto?

—Sí.

El maestro añadió:

—Yo de enseñanza no sé nada. Lo que sé es que amo a los niños y que ellos me enseñan.

Y entonces los niños reconstruyeron las paredes y clavaron los cielos rasos. Sacada la tierra del interior de la escuela, empezaron la limpieza del exterior y a poco la limpieza siguió hasta las calles vecinas.

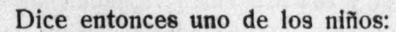
Desde los días de la creación esas calles no habían visto una escoba, y la vez primera en que los chicos aparecieron barriéndolas fué una sorpresa para el vecindario. Ocasionalmente se puede ver ahora un adulto limpiando las calles con los niños, probando descubrir el secreto que hace a los niños tan retozones y felices en su labor.

Los cerdos del vecindario gozaban del privilegio de escarbar la basura que los niños recogían. Pero un día vinieron los niños y dijeron:

—¿Por qué no vienen los carretones a llevarse la basura que recogemos con la escoba?

Y el maestro dice:

—No lo sé.



Dice entonces uno de los niños:

—Vamos a buscarlo.

Y el maestro dice:

—Sí, vamos a buscarlo.

Uno de los niños que había visto una manifestación de trabajadores en la ciudad de México, dijo:

—Déjenos hacer una manifestación.

El maestro dijo:

—Sí, hagamos una manifestación.

Y la ciudad de México luego vio con sorpresa la presencia de novecientos granujas, limpios los pies descalzos, con letreros en que se pedía que los carretones de la basura la recogieran en la Colonia de la Bolsa. Y por eso ahora, todas las mañanas, a las cinco, vienen los carretones y recogen la basura que los niños juntos barren en la madrugada. Llegan los niños a las cinco de la mañana y en la escuela se quedan hasta la noche. Están obligados a llegar a las ocho y media. A esta hora llegan los maestros. Los niños se vienen apenas se despiertan. Y tan pronto como llegan buscan oficio. Barren unos, tiran de los carretillos otros, un grupo va a limpiar las calles, otros alistan la mesa para el desayuno. Todos están ocupados.

Así que limpiaron el patio y arrancaron las malas yerbas, uno de los niños, que del campo venía y había visto a su madre sembrar hortalizas, le dijo al maestro:

—¿Puedo tener un pedazo de tierra para sembrar hortalizas?

El maestro dijo:

—Sí.

Pronto otro quiso un pedazo de tierra, y otro y otro. En una palabra, todos quisieron tierra. Lo que ocasionó nuevos problemas. Había que repartir la tierra. Había que repartirla a medida que los niños la solicitaran. Así fué como surgió poco a poco un Comisario de Agricultura, que ahora tiene nueve auxiliares. El Comisario tiene veinte años de edad, es descalzo y de ojos negros.

Para adquirir tierra, los niños tenían que pedirla. Para que hubiera formalidad tenían que pedirla por escrito. De pronto se desarrolló el ansia de escribir. Fueron los niños al Sr. Oropeza y éste al Departamento de Educación a conseguir un maestro que enseñara la escritura. Tan pronto como pudo, un niño escribió al «Muy Honorable Comisario de Agricultura», pidiéndole un pedazo de tierra que cultivar de hortalizas en las mañanas.

No había normas al respecto y los niños escribían en un papel cualquiera y en el lenguaje poético que lograban in-

ventar. Los solicitantes obtuvieron del Comisario de Agricultura un pedazo de papel en apariencia de oficio. Tenía el papel un gran sello rojo y un número. Para el niño era la garantía de su pedazo de tierra. Se hicieron los niños terratenientes. Cultivaron hortalizas. Arrancaron las malas yerbas, escarbaron, cavaron, se hicieron innumerables preguntas, tuvieron largas disputas y deliberaciones acerca de lo que debía sembrarse. Unos sembraron sólo una cosa; otros, otra; algunos experimentaron con diversas cosas a la vez y en todos había gran regocijo. El Comisario de Agricultura se convirtió en un personaje importante. No sólo distribuía la tierra, sino que él y sus asistentes vigilaban las operaciones. Tenía tarea la Comisión de Agricultura con la demanda de instrumentos, semillas, consejos. Había muchas solicitudes de tierra. A los que descuidaban el cultivo de su parcela, se les pedía que la cedieran a los que no tenían tierra. Hubo dimes y diretes. Lo que originó una Comisión judicial.

La Comisión de Agricultura necesitaba dinero. Tenía que comprar instrumentos y semillas. Alguien sugirió que los niños debían pagar un impuesto fijo. Ahora todos los niños pagan cinco centavos mensuales por el lote de tierra, y pueden tener tantos como puedan cultivarlos bien.

La cosecha de las hortalizas suscitó nuevos problemas. Había que venderlas. Algunos niños sabían más que otros acerca del modo de venderlas. Con ellos se formó la Comisión de ventas. La Comisión se componía de tres miembros. Iban al Mercado los viernes por la mañana y se informaban de los precios de las remolachas, zanahorias, cebollas, rábanos, repollos y otras hortalizas de las que la escuela cultiva. Los niños llevan a la Comisión de ventas las cosas que pueden vender ese día. Un precio se fija a los productos, algo más bajo que el reglamentario del Mercado. Vendidos los productos, el dinero se divide en tres partes: un tercio para la Comisión de Agricultura, para que compre más semillas e instrumentos; un tercio para el Banco, pues entonces ya se había formado un banco; y un tercio para el niño que había recogido la cosecha. El 10 % de la suma total se entrega a la escuela para la merienda con que se obsequia a unos doscientos niños sin hogar.

Todo esto imponía a los niños problemas de matemáticas, algo complicados. La aritmética se volvió un asunto apremiante. Querían saber justamente cómo iban sus cuentas. ¿Qué le tocaba a un niño que había cosechado veinte remolachas, cincuenta rábanos, trescientas cebollas, una docena de repollos, en su diversidad de precios, y teniendo que dejar un tercio a la Comisión de Agricultura, un tercio al Banco y el 10 % de la suma total al fondo de la merienda escolar? Acudieron al maestro de aritmética. Tiene éste un cuarto grande con un pizarrón. Llegan los niños y le plantean sus problemas. El maestro de aritmética lo pone todo en el pizarrón y simplifica las cosas. De paso los niños se interesan por los problemas ajenos y se quedan en el aula mientras son resueltos. Si no, dicen:

—¿Nos da permiso de retirarnos?

En México todos dicen «con permiso», que siempre se concede. Se van los niños, pues, y se ocupan de otras cosas más urgentes, que les interesan más.

Tan luego como los niños comenzaron a ganar dinero, el problema del ahorro se presentó. Con el objeto de conservarlo, eligieron un Comisario de Bancos. El banquero guarda la plata de todos los niños en un gran saco de papel. Era el único alumno calzado. Todos los niños llevan la cuenta de lo que se les debe. Si un niño quiere comprar unos pantalones, por ejemplo, como uno de los más jovencitos me dijo que quería hacerlo, se dirige por nota al Banco, con la promesa de pagar intereses y devolverlo al cabo de un tiempo. Si no cumple su palabra, el caso pasa a la Comisión de Justicia. Poco a poco, esta Comisión se ha ido desarrollando, se ha ido convirtiendo en el centro de litigios. La sentencia que da la Comisión es algo seria, porque el niño que pierde su tierra, pierde algo en realidad. Poseía un niño cuatro parcelas, de cinco pesos mexicanos cada uno. Tenía el niño, pues, veinte pesos mexicanos, y esto, para un peón ya grande, no digamos para un niño, es casi un millón. De tal modo que si la Corte procede contra él, la cosa no es juguete. El pobre niño en realidad ha perdido una fortuna.

El Departamento de Educación todas las mañanas le da el desayuno a nueve mil niños. De ellos, novecientos pertenecen a la Escuela. Los niños saben que hay que poner la mesa y la ponen, sin que nadie se los exija. Cuando entran a la escuela, si no les toca barrer, o empujar el carretillo, o desyerbar, algo hacen, tal vez poner la mesa. Puesta la mesa, se alistan para el desayuno.

A tiempo que unos ponen la mesa, otros llenan de agua una tina grande. Recuerdo haber visto una mañana a dos chicuelos de cinco años a lo más, que volvían con un cubo que por lo muy pesado no podían alzar; a ratos lo arrastraban y el agua se derramaba: llevaron el agua a la tina, volvieron por otro cubo, y sentáronse a coger aliento. Entonces un muchacho de más años fué por agua. Vió la tina y el cubo. Supo que la tina debía llenarse y que el cubo era para traer agua. Tomó, pues, el cubo y se fué a buscar el agua.

Cuando todo está listo para el desayuno y todos están en fila, prontos para sentarse a la mesa, en donde hay bollos de pan y leche caliente, pasan por delante de la tina. En frente está el pequeño Comisario de manos y caras, con una toalla grande. Los examina uno a uno. Pasan y a poco andar otro pequeño Comisario los espera: el de narices, sin más armas que un gran rollo de pañuelos. Si un niño es tan chico que no se basta o no lo hace bien, el Comisario lo ejecuta por sí.

Entonces están listos para el desayuno. Terminado, trescientos niños lavan y limpian los trastos y alistan la mesa para los que siguen.

Hay una Comisión reducida de cabezas desgreñadas que se ocupa en atusar por ahí de veinte melenas al día. Capturaron a un granujilla cuyo pelo parece ser peligrosamente largo. Si se duele de que pretenden cortárselo, puede apelar a la Comisión Judicial, que, previo un estudio cuidadoso, resuelve lo conveniente del caso.

Los niños más pendencieros, por un curioso instinto y común acuerdo, resultan electos jueces; supongo que la filosofía del hecho consiste en que los más pendencieros entienden más de riñas que los otros. Y así los camorristas resultan Comisarios de la ley y del orden.

Los niños mayores del vecindario que tienen que trabajar para ganarse la vida no resistían a la tentación de ir a la escuela; de modo que llegaron y dijeron:« Maestro, querríamos venir a la escuela». Y el maestro dijo: «Vengan». Pero no podían. Tenían que ganar algunos reales. Así, pues, uno de los mayores sugirió que él trabajaría en su oficio enseñándoselo a los más chicos, con tal que éstos trabajaran para él mientras estuviera yendo a la escuela. Ahora todos los niños mayores del vecindario que quieren asistir a la escuela vienen y hallan algunos de los más chicos que quieren aprender su oficio propio. Los chicos emplean parte de su tiempo en trabajar para los mayores que están yendo a la escuela. Sonríe el maestro y dice «Sí» y les enseña la bondad. La honradez no la enseña. Le pregunto por qué y me responde.

—Aprenden ellos a ser honrados manteniendo relaciones honrados entre sí.

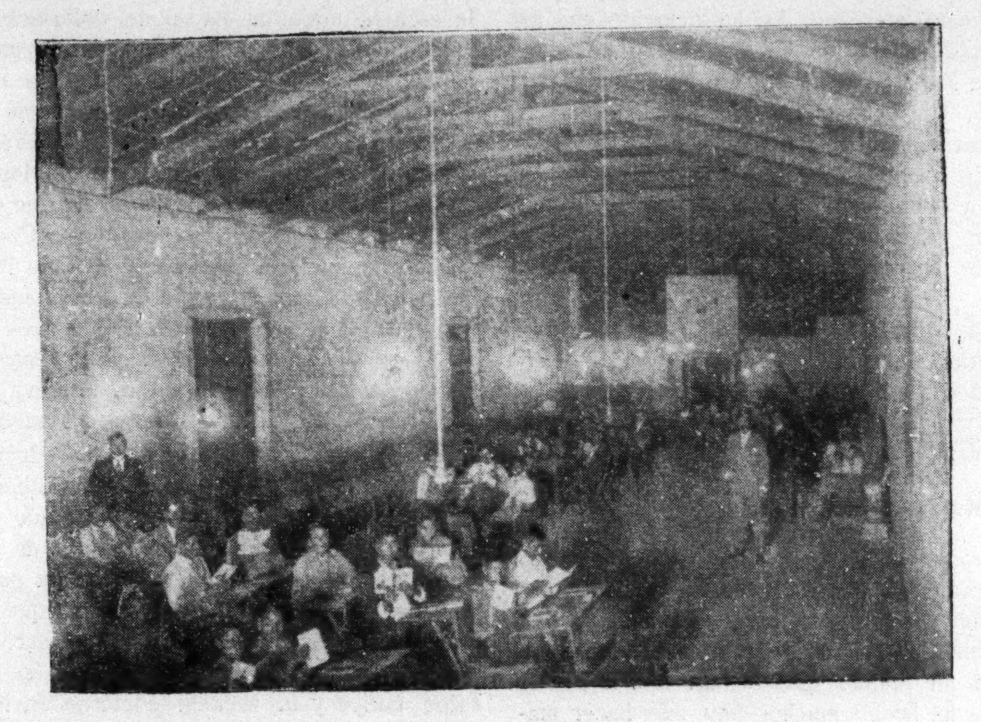
Pero él les enseña la bondad.

Por completo ignoro lo que es la *bondad*, pero es algo

como esto: el maestro declara que si el suelo no se cultiva, crecen las yerbas malas. Si se cultiva, las malas yerbas también crecerán cerca de las plantas; son ellas los malos hábitos que hay que arrancarse. Tiene el maestro además una pequeña cría de gusanos de seda, y los niños van y los observan hilando sus hebras. Naturalmente, tienen un Comisario de gusanos de seda, y es el niño que por eso se interesa más. El maestro indica que el gusano de seda jamás rompe el hilo. Si lo hiciera, moriría. Y añade: «Nosotros los mexicanos empezamos siempre las cosas y no las terminamos nunca. Rompemos nuestros hilos y por eso morimos». Tal es lo que él llama *bondad*

Los problemas de los niños aumentan a medida que prosiguen las actividades de la escuela. Por ejemplo, las sobras del desayuno hubo un tiempo en que se perdían; hasta que un día sugirió un niño que debían criarse algunos pollos para que se las comieran. Ahora hay varios en la escuela y hay una Comisión de pollos, y los niños se complacen en darles de comer y ver por ellos. Quieren saber todo lo que se refiere a la crianza de pollos y ahora el maestro se preocupa por buscar un experto.

Otro niño ha solicitado permiso para traer un chanchito a la escuela, pues dice que los «chanchos también pueden comer pan como los pollos»; y a este niño le gustaría ser Comisario de chanchos.



La Escuela nocturna

Los niños de la escuela se han esparcido en la comunidad, de modo que la comunidad va siendo la escuela, y ésta va siendo la comunidad. En breve será difícil distinguirlas. Los niños han asumido la responsabilidad de la gente mayor; limpian ellos las calles, plantan árboles, se niegan a buscar bebidas alcohólicas para sus padres, y éstos ya no se embriagan tan a menudo.

Se empeñan los niños en andar aseados; con lo que enseñan a sus padres los hábitos de limpieza.

Los sábados por la noche los niños se llevan a sus padres al cine o alguna conferencia, y los apartan de la taberna, y así salvan el salario de la semana.

Tan luego como los niños empezaron a limpiar las calles se interesaron por las costumbres de sus padres, que por falta de retretes, dejaban los excrementos en las calles y caminos. Ahora los niños desvían a sus padres de las calles. Se llegaron los niños al maestro y le dijeron:

—¿Por qué no tenemos letrinas públicas, como hay en la ciudad de México?

Y el maestro dijo:

—Yo no sé.

Dijeron ellos:

—Vamos a buscarlas.

La razón era muy sencilla: el distrito no había pagado nunca los impuestos y por lo mismo no obtenía mejora alguna. Así es que los niños comenzaron a recoger centavos y mediospesos, y responden ellos por la solicitud hecha para que en el distrito se construyan letrinas públicas. Ahora se están construyendo diez.

3

Ha crecido tanto la escuela que ya tiene novecientos alumnos. Esto es, todos los niños del vecindario apenas gatean se vienen a la escuela. No pueden alejarse de ella. Hay como una docena de maestros. Les enseñan lo que los niños quieren saber, y si son amados de los niños, éstos quieren saberlo todo, especialmente lo que concierne a sus problemas propios.

A medida que los problemas de los niños se complican, se especializa más la información que desean. Así es interesante recordar que cuando el patio grande se dividió en parcelas para jardín, quedó en torno suyo un paseo. Entre éste y la pared había una faja de tierra de pie y medio de ancho que durante el año no se cultivaba. A nadie se le ocurrió nunca utilizarla en algo, hasta que un día un niño que había visto flores arrimadas a una pared, se acercó al maestro y le dijo:

—Maestro, ¿puedo sembrar algunas flores?

Dijo el maestro:

—Sí.

Entonces el niño comenzó a cultivar flores y luego otros niños quisieron hacer lo mismo, y de ahí se formó poco a poco un Comisario de flores, y ahora toda la tierra anexa a las paredes está plantada de flores. Cuando finalizó la siembra de flores dentro de la escuela, quisieron saber si podían sembrarlas junto a los muros externos. Así el exterior de la escuela tiene también sus arriates.

Ahora los niños quieren saber de flores, sus clases, estaciones, nombres, etc., y quieren tener en la escuela a uno que sepa algo de flores, pero para decirles lo que quieran saber de las flores y cuando quieran saberlo.

El entusiasmo de los niños por asistir a la escuela ha contagiado a los padres y a otras personas mayores del vecindario y ahora trescientos de ellos asisten por la noche. Ellos también se han distribuido en grupos, de acuerdo con sus intereses. No van a la escuela a aprender a leer, escribir y contar. Van en busca de lo que quieren aprender. Algunos van a averiguar si los han engañado cuando pagan tanto por el metro de tela de cierta extensión y anchura, y preguntan cuantó deben pedir. Los que quieren llegar a ser conductores vienen a aprender algo de aritmética y el plano de la ciudad de México—esto es, cómo leer los nombres de las calles. Y

vienen las madres que quieren saber cómo se cuidan los niños. Algunas los traen consigo a la escuela, allí se quedan, los ven estudiar, y ellas también aprenden. Así es como la escuela y la comunidad se van haciendo una sola cosa.

Cuando llega un niño a la escuela, nadie se cuida de él. Nadie le dice haga esto o lo otro. Se le deja solo, y pronto se hace de amigos. Tan luego como los tiene quiere hacer lo que ellos hacen y nadie se lo impide. Poco a poco se va descubriendo, y luego quiere tener una parcela de tierra en que sembrar hortalizas. Entonces tiene que aprender a escribfr para hacer la solicitud. En seguida quiere adquirir semillas y tiene que pedir dinero, y tiene entonces que llevar sus cuentas y aprender algo de aritmética. No muy tardado tiene que ocurrir a la Corte a propósito de alguna disputa y al cabo puede llegar a ser un Comisario. Todo el tiempo para él es maravilloso, risueño, atareado. Así ha ocurrido que los niños delincuentes han desaparecido en los dos últimos años y el Jefe de la Policía ha escrito al Sr. Oropeza, para contarle eso precisamente. Tan ocupados están los niños que no tienen tiempo para hacer maldades, y eso, el trabajo, de todos modos les divierte más. Aun los escasos niños inadaptados, dentro de la variedad y complejidad de la vida escolar, pronto hallan algo que hacer y como nadie se cuida de ellos, van haciendo esto o aquello, aprenden lo que pueden y la escuela va creciendo.

Dice el Sr. Oropeza: «Amo a los niños y ellos me enseñan». Una vez añadió: «Bastaría que más personas quisieran venir y de los niños aprender, para que luego México dejara de romper sus hilos y viviera». Y así el milagro de los milagros se está operando. Será un niño el guía.

Nota adicional. 1923

Está creciendo la escuelita. Es una de las primeras cosas que he sabido al regresar este año a la ciudad de México.

Nuevos progresos han ocurrido. Problemas nuevos se han presentado y descubrimientos nuevos se han hccho y con mayores dificultades aún ha habido que luchar. Los maestros están esperanzados. Se ha hecho mucho—hay que hacer mncho más—y de un modo u otro por sí se hará.

Las actividades organizadas de los niños son mayores en la vida de la Colonia de la Bolsa que en años pasados. Tal vez sea este el más notable progreso de la escuela desde que la visité por vez primera.

El vecindario interviene más en la escuela y siente su influencia en varios aspectos.

La limpieza de las calles continúa. Los niños con sus escobas invaden la comunidad todas las mañanas y amontonan las basuras. Han llegado a competir con los mayores del vecindario en la limpieza de las calles. Los niños empezaron limpiando las cuadras cercanas a la escuela. Los viejos, picados, tomaron parte y como se unieran a los niños en la terea, algunos poco a poco se vieron empujados a las calles próximas, en donde el amor a la limpieza no se había estimulado aún. Y así ha sucedido. Los niños invaden una calle. Los viejos, avergonzados de su pereza, se reunen en la calle con escobas y obligan a los niños a explorar campos nuevos, al paso que cierta rivalidad se manifiesta entre los mayores en las diversas esquinas. Los niños así han llegado a ser iniciadores de una empresa que sus padres prosiguen.

El plan del último año para la construcción de casas públicas confortables en el vecindario cayó a causa de múltiples dificultades políticas y económicas—especialmente porque se descubrió que eso implicaría una remota posibilidad de reconstruir el servicio de aguas de la ciudad de México para darle a la Colonia de la Bolsa drenajes apropiados; y así un método nuevo—el de abrir fosos profundos y empleo de cal—el tipo usado en los acantonamientos del ejército estadounidense—se desarrolló y los niños abrieron el primero, y vigilaron la excavación de los otros. Más de cien de estos hoyos se han hecho ya y en cada caso, los niños han vigilado la obra e instruido a los viejos en el modo de llevarla a cabo.

La escuela ha construído para sí un baño y la Colonia ha dado sitio para un baño público—pero no tienen dinero con qué comprar los materiales. Los medios de la escuela son múltiples. La escuela nocturna en que se congregan los mayores ha llegado a ser una especie de Gobierno local. Las necesidades de la comunidad se discuten y se resuelven allí. La escuela nocturna mantiene limpio el vecindario por empresa cooperativa; un dispensario se ha organizado por cooperativa—cinco centavos semanales—y un doctor; medicinas y gastos de entierro se proveen, en tanto que los alumnos de la escuela nocturna hacen de enfermeros por turno. La escuela nocturna ha desarrollado una Comisión para madres, y se han cuidado después más de cien niños y se han dado nociones de higiene los martes y jueves a las 11 a. m.

Su recientemente descubierto interés por el aseo tiene varias manifestaciones. Los sábados, los niños distribuyen en el vecindario tarjetas impresas en que se dan instrucciones acerca del aseo en casos especiales: «Cómo matar las moscas», «Cómo limpiar los colchones», «Cómo librar a los perros de las pulgas». La gente aguarda estas instrucciones el sábado por la mañana y se apronta a aplicarlas. Un sábado los perros de la vecindad fueron cogidos y restregados. Aullaron los perros para dar las gracias en su nueva afición y parecieron escépticos y algo avergonzados del baño inesperado.

La influencia de los niños ha reducido la embriaguez y algunas de las pulperías del vecindario han cerrado sus puertas, al paso que otras han rogado y tratado de sobornar al maestro para que abandone la enseñanza de la temperancia.

La escuela nocturna elige, por cada patio en que hay varias familias, una especie de inspector que los observa y que informa a la escuela de cuanta incorrección ocurra. Cierta vez un capataz y una banda de ladrones se estableció en uno de estos patios y la escuela nocturna envió al capataz una comisión para rogarle que se fuera a otra parte o si no que desocupara el lugar. «¿Por qué no podemos quedarnos aquí?», preguntó—«Porque Uds. perjudicarán a los niños», replicaron. «¿En dónde están vuestros niños?» Replicaron: «En nuestra escuela». El capataz de los bandidos vino y vió a los niños que trabajaban en sus parcelas y se ocupaban en sus cooperativas y dijo: «Si, creo que Uds. tienen razón. Mis hombres y yo no seremos buenos para vuestros niños». Así él y sus secuaces se alejaron del vecindario. Esta es una muestra de la curiosa influencia de la escuela en el vecindario. Los niños están enseñando a sus padres a no decir malas palabras, al menos a no hacerlo tanto. Y hace poco imprimieron y distribuyeron una tarjeta acerca de «Por qué los padres no debieran regañar a sus hijos».

La escuela nocturna ha tenido éxito en la protección de los niños que en la estrecha pobreza de sus hogares han dormido siempre en el cuarto con los mayores de la familia y ha obtenido en cada patio una pieza situada a un lado, para dormitorio de los niños y éstos han instruido a los padres en el uso de los pantalones, vestido que muchos de los más viejos habitantes nunca han adquirido, usando en vez de eso un mandil.

En cien aspectos la escuela se ha desenvuelto y ha crecido y no puedo referirme a todos. Probablemente el aspecto más interesante del progreso de los últimos años ha sido el desarrollo de las cooperativas de niños en la escuela, Esto es, un cierto número de niños organiza una cooperativa con un determinado propósito. Cinco había cuando estuve última-

mente: una cooperativa de panaderos, una de jaboneros. una de sastres, una de curtidores, una de impresores. Un grupo de niños firma un convenio para llevar a cabo una empresa y eligen los empleados: un comisario, un comprador, un maquinista, un tenedor de libros, un tesorero, etc. Piden prestado algún dinero del Banco (tienen un banquito verdadero con 500 pesos prestados por Ramón P. Negri, Secretario de Agricultura, y un banquero de catorce años, que lleva las cuentas de todas las cooperativas y de los depositantes privados; es tan pequeño que hay que inclinarse sobre el escritorio para verlo); compran la materia prima, la manufacturan, la venden en el mercado y después de pagar su deuda al Banco, dividen el rédito: parte se va a la escuela y el sobrante se distribuye entre los niños. Las cooperativas se conciben para hacerle frente a las necesidadas de la comunidad. La cooperativa de panaderos tiene un horno que le dió el Departamento de Comercio y Trabajo y actualmente fabrican pan fino y se lo venden al vecindario a tal precio que muchas gentes que siempre han vivido de tortillas hallan que es más barato y mejor comprar los bollos, alzando incidentalmente con ello sus normas de vida. El maestro me refirió que en los últimos meses de estrechas finanzas fué la cooperativa de panaderos la que los habilitó para ver por los huérfanos de la escuela que de otro modo, a la calle habrían tenido que ir a parar. Lo mismo se diría, en verdad, de los jaboneros e impresores. El solo obstáculo con las cooperativas es proporcionarles instructores técnicos, mientras los niños aprenden el oficio.

Estas cooperativas ya son fecundas en el evidente orgullo, iniciativa e independencia de los niños. Nunca he visto niños más brillantes, de más confianza en sí, ni más prometedores en todo México que los de este distrito confinado. Hay una evidente seriedad y alegría de empresa que si llega a desarrollarse—no hay actualmente recursos bastantes para proseguirla—mostrará una de las mayores y singulares influencias en pro de un México mejor, y una de las instituciones educacionales más notables del mundo entero.

FRANK TANNENBAUM

Padre Nuestro

Padre nuestro que estás... ¿dónde? Yo no sé dónde,
mas sé que eres, porque sin verte yo te siento;
que eres amor, lo sé; y también esperanza,
porque contigo cuento.
Si no fueres, Señor (mas ¡sí eres, sí eres!)
todo sobra en la vida.
Si no fueras, entonces ¿para qué la congoja
por el hombre sentida?
Señor, a ti me llevan
todas, todas las fuerzas que componen la vida.
Si eres dolor también, porque triste me encuentro,
porque yo estoy en ti y a ti te llevo dentro,
y si el ansia de ser por doquiera me acosa,
dame aún más dolor, para poder buscarte
y al encontrarte en mí hallarte en toda cosa.
¡Dame aún más dolor, para siempre tenerte
en la vida y la muerte!

JULIO MERCADO

Para la meditación

Esta nota de *Nosotros*, Buenos Aires, en su número de octubre de 1924:

Rabindranath Tagore

El ilustre poeta hindú será nuestro huésped cuando aparezca el presente número de *Nosotros*. Esta revista, que fué en el país la primer publicación que hizo conocer los hondos poemas de Rabindranath Tagore (1), le presenta su homenaje de simpatía y admiración. Sólo lamenta que con su noble presencia y alto renombre dé realce a las fiestas que en ocasión del centenario de Ayacucho, prepara en el Perú el tiranuelo Leguía, para su personal encumbramiento.

Artistas y literatos argentinos solicitan un premio para Lugones

He aquí el texto de la nota:

«Los que firman esta nota, artistas y hombres de letras, se dirigen al señor ministro para someterle los últimos cuatro libros de D. Leopoldo Lugones, a fin de que sean considerados por el Jurado que discierna el premio de literatura correspondiente a 1924.

»El propósito que nos guía es alcanzar ese premio para el gran escritor y poeta como un homenaje a sus altas cualidades de creador de belleza y de trabajador insigne de la literatura argentina.

»Por nuestra parte, al solicitarlo, hallamos una ocasión más para señalar la importancia de la obra realizada por nuestro ilustre compañero y esperamos que el señor ministro dé curso a los cuatro libros aludidos, que son: *Romancero, Estudios Helénicos, Filosofícula* y *Cuentos Fatales*.

»Saludamos al señor ministro con alta consideración».

Firman la solicitud los señores Jorge A. Mitre, Roberto J. Payró, Ricardo Rojas, Enrique Larreta, Horacio Quiroga, Arturo Capdevila, Manuel Galvez, José Ingenieros, Juan Alvarez, Alfonsina Storni, Fernández Moreno, Enrique Banchs, Rafael Alberto Arrieta, Pedro Figari, Luis Pardo, Víctor Juan Guillot, Emilia Bertolé, Agustín Riganelli, Mauricio Nirenstein, Roberto Gache, Alberto Gerchunoff, Julio Noé, Eduardo D. Forteza, Evar Méndez, Emilio Pettorutti, Ricardo Güiraldes, Octavio Pinto, Ezequiel Martínez Estrada, Margarita Abella Caprile, Pablo Rojas Paz, E. Hurtado y Arias, Luis L. Franco, Alberto Girondo, Horacio A. Rega Molina, Enrique Méndez Calzada, B. Quinquela Martin, Conrado Nalé Roxlo, Arturo S. Mom, Eugenio Julio Iglesias, Juan Carlos Rébora, Pedro Miguel Obligado, C. Córdova Iturburu, Samuel Glusberg, Guillermo Estrella, Jorgue L. Borges, Enrique M. Amorim, Ernesto Palacio, Francisco López Merino, Juan Hohmann, González Carbalho, Pedro Juan Vignale, Brandán Carraffa, Sergio Piñero, Roberto Ledesma y Mariano de Vedia.

(*La Nación*, Buenos Aires).



(1) Véase *Gitanjali* de R. T. (versión en prosa de doce poemas, acompañados del retrato del autor), *Nosotros*, Nº 55, noviembre 1913, tomo XII.

Dos capítulos

=Del folleto *Lucha por la cultura*, por Justo A. Facio. San José de CostaRica. 1923.=

XII

Aun restringida a límites de raza y de continente, la infuencia de los estudios literarios está llamada a hacerse sentir de modo útil, sin contar en lo mínimo con lo que de agradable hay en ellos, en la mente de las jóvenes sociedades diseminadas a lo largo del solar colombino. Desde los albores de la independencia, los hispanoamericanos entienden que la vida un poco tumultuosa de estos países corre por unos mismos cauces hacia el cumplimiento acaso fatal de un horóscopo preñado de amenazas, contra las cuales hay que permanecer a todas horas, ojo avizor, en actitud de defensa: he ahí la fase oscura del problema continental hispanoamericano; en cambio, un conjunto de felices condiciones naturales mantiene entre nosotros bien arraigada la creencia de que el mundo colombino ha de ser el asiento de civilización caracterizada por un régimen de equidad que a merced de todos pone simples y, a la vez, dúctiles medios de trabajo, excluidas de él para siempre las odiosas preminencias o superposiciones de clase. Este punto y el otro, ambos de una ideología común, han intensificado entre las naciones hispánicas ese sentimiento de solidaridad cuya génesis histórica se funda, con solidez indestructible, en una serie de circunstancias, tales como el origen,—indio y español, a la vez,—el idioma, el coloniaje, la lucha por la independencia, el carácter democrático de nuestras instituciones, nuestra cultura idealista,... que, casi con el colorido de una tradición, dan fisonomía propia a nuestra personalidad en desarrollo. Sin género alguno de duda, la mano de la Providencia subordina implacablemente nuestros destinos a un hado común: ya lo vio, con poderosa clarividencia, como suya, el genio de Bolívar, cuando, después de haberles otorgado señorío, quiso reunir a sus pueblos en un anfictionado que llevase a la práctica este ideal supremo,—la justicia internacional.—«Después de quince años de sacrificios», decía el propio Libertador en 1824, «consagrados a la libertad de América, para obtener el sistema de garantías que, en paz o en guerra, sea el escudo de nuestros destinos, es tiempo ya de que los intereses y las relaciones que unen entre sí a las repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental...»

Ahora bien, si la anfictionía hispano-americana sólo fué una bella y, quizás por esto mismo, una ilusoria concepción del genio, a su fracaso lamentable sobreviven, sin haberse amenguado nunca, antes bien, ensanchando en todas direcciones la órbita de sus influencias espirituales, las conexiones geográficas, históricas y civiles con que el grandioso proyecto de confederación hacía valer sus aspiraciones a concretarse en un viviente órgano político; pero al salir, como en derrota, del mundo ambiguo por donde, a modo de sombras asustadizas, se escurren las posibilidades diplomáticas, en acecho de ocasiones propicias al asalto, el hermoso sueño de Bolívar cobra entonces realidad en el mundo de la inteligencia: una literatura brillante difunde por todos los ámbitos de nuestro continente el pensamiento portentoso que concibió a la América hispana una e indivisible; atlantes de la inteligencia tales como Montalvo, Rodó, Martí, Blanco Fombona, Cornelio Hispano.... han llevado sobre sus hombros esa carga sublime; pero el generoso empeño de difusión no habría traspasado los dominios de las idealidades platónicas, si el colegio, al promover con sus enseñanzas humanistas el gusto por las letras, no hubiera creado en los jóvenes un interés superior por esas lecturas. A los institutos de educación secundaria se debe el conocimiento que hace efectiva la compenetración espiritual de los pueblos hispano-americanos entre sí; de esos institutos han salido los intelectuales que, ya como escritores, después, han exaltado los ideales de la raza, a la que, más que por sus afinidades étnicas, por las condiciones del continente en que se organiza y se desarrolla, el futuro promete realizaciones de alto humanitarismo; hijos de esos institutos son también los intelectuales, más humildes, sin duda, pero de comprensión no menos penetrante, en cuyo espíritu esa propaganda despierta vibraciones y ecos de simpatía. A nadie en verdad se le oculta, así sea insensible a los requerimientos de la inteligencia, que la solidaridad hispano-americana ha adquirido ensanche, principalmente, merced al intercambio de manifestaciones en que el pensamiento conquista los ánimos, no sólo por la fuerza cuasi irresistible ya de su propia virtud, sino también por influjo del arte magnético que le presta sus galas. Una vez más podemos decir con Lord Curzon que «la solidaridad mundial de los intelectuales es mucho más duradera y más provechosa para los hombres que los acuerdos internacionales celebrados entre políticos».

Conforme al postulado principal de este artículo, pudiera tal vez creerse que la literatura hispanoamericana sólo tiene valor para nosotros en cuanto dilucida cuestiones atañederas al momento actual o al porvenir del continente; no es así: la mentalidad hispano-americana ha dejado en la literatura de estos pueblos estudios y disquisiciones acerca de tópicos variadísimos, de tal modo que en muchos de estos particulares hallaría satisfacción a sus ansias de belleza la curiosidad de los jóvenes, sin tener que atravesar las edades sobre el lomo de ningún pegaso para ir en busca de fuentes clásicas. A cualquier hispanoamericano un poco leído se le vendría de por sí a las mientes el nombre de Montalvo si tropezara con la precedente consideración: rejuvenecida por su ingenio, que se nutre con savia joven de América, la prosa castiza, cuidada, elegante y viril de Montalvo penetra audazmente en las más elevadas ideologías; sus *Tratados,* en que maravillosamente se asocian, con seguro equilibrio, la inspiración y el arte, son textos de alta moral; la péñola, por él arrancada para su uso exclusivo a las alas de un cóndor, fué en sus manos nerviosas la espada relampagueante de la libertad; no hay tal vez en Hispanoamérica literatura de combate que mejor haya educado a los jóvenes del continente en el odio santo de la tiranía. En otro orden de ideas, ahí está don Andrés Bello, el insigne filólogo, creador en Chile de la cultura humanista, purgada en buena parte por él del servilismo neoclásico, gracias al don de indepen-

dencia que guiaba su temperamento de crítico por entre un dédalo de pétreas tradiciones. La ideología del ilustre venezolano salió de Chile para extenderse por toda la América hispano parlante y a su estudio se debe en larga medida el desarrollo que por estas latitudes ha alcanzado el cultivo de la lengua,con libertad que, si se reporta ante las leyes de la evolución, bajo las cuales actúa, atropella valientemente con toda casta de imposiciones, así para prevalecer aduzcan razones de autoridad o de tiempo.

DISCURSO

improvisado por un abogado de los Estados Unidos en defensa de un perro que había mordido a un individuo que reñía con su amo. El perjudicado se presentó ante el juez pidiendo autorización para matar el perro.

«El mejor amigo que el hombre tenga en este mundo puede traicionarle y convertirse en su peor enemigo. Su mismo hijo, a quien él haya criado con verdadero cariño y ternura, puede pagarle con la más cruel ingratitud. En nuestro propio hogar, el ser más querido, en cuyas manos hayamos puesto nuestra felicidad y nuestro honor, puede resultarnos infiel. El hombre puede quedar arruinado: el dinero se escapa de las manos tal vez cuando más se necesita. La reputación de una persona puede sacrificarse cuando perdemos la prudencia y nos ciega una pasión momentánea. Aquellos que están siempre dispuestos a caer de rodillas ante nosotros para rendirnos homenaje cuando el éxito corona nuestros esfuerzos, probablemente serán los primeros en tirar la piedra venenosa de la envidia cuando la nube negra del fracaso amenaza nuestro techo.

»El hombre no tiene más que un amigo absolutamente abnegado en este mundo egoísta; no puede contar más que con un amigo que nunca lo abandone y que nunca le sea ingrato ni traidor. Ese amigo es el perro, que se mantiene fiel, no sólo en la prosperidad y el bienestar, sino también en la pobreza y la enfermedad. El perro duerme gustoso en el suelo frío, azotado por la nieve o por el viento rugiente del invierno, tan sólo por estar al lado de su amo enfermo. En la adversidad, el perro besa la mano que no tiene comida que ofrecerle, y lame las heridas causadas por la indiferencia o la crueldad del mundo. Cuando las riquezas vuelan y la reputación rueda por el suelo, el perro es tal vez el único compañero verdaderamente constante y leal. Cuando el amo pobre duerme, lo vigila como si fuera un rey opulento; y cuando todos los demás amigos le hayan vuelto la espalda, el perro no lo abandona.

»Si los reveses de la fortuna lanzan al hombre a luchar con las vicisitudes del mundo, desterrado, sin hogar y sin amigos, el noble perro no pide nada mejor que el privilegio de acompañarlo, protegerlo contra todo peligro, pelear con sus enemigos... Por fin, el amo agobiado de penas rinde su jornada y deja en el mundo su cuerpo extenuado; la tierra le ofrece el refugio lúgubre de la tumba; el sepulturero entierra el pobre cadáver y regresa silencioso a su casa... El perro no tiene ya más hogar que la tumba solitaria de su compañero de infortunios. Allí se queda: abatido, la cabeza baja, los ojos tristes, alerta, vigilante, fiel hasta la muerte. No lo aterra la soledad del cementerio ni la oscuridad de la noche. No desea otro lecho que la tierra que cubre los restos de su buen amo, No tiene más consuelo que velar el sueño eterno del amigo que ha perdido para siempre».

Cuando el abogado concluyó de hablar, el anciano juez, la voz nublada por la emoción, mandó que se salvara la vida del perro que había mordido en defensa de su amo.

(Envío de J. JOAQUÍN MATA. *New York).*

¿De veras hay San Nicolás?

=Famoso editorial de Navidad, tomado de *The New York Sun*=

Una niña escribió al Editor de THE SUN, la carta que sigue:

Querido Editor: Tengo ocho años. Algunos de mis amiguitos dicen que no hay San Nicolás. Papá dice: «Si lo ves en el *Sun*, es que hay». Hágame el favor de decirme la verdad: ¿de veras hay San Nicolás?

VIRGINIA O'HANLON
115 West, Ninety-fifth Street.

A esta carta el Editor contestó con el siguiente editorial:

Virginia, sus amiguitos están en un error. Han sido afectados por el escepticismo de una época escéptica. No creen sino lo que ven. Piensan que no puede existir sino lo que es comprensible para sus pequeñas inteligencias. Todas las inteligencias, Virginia,—ya sean de hombres o de niños,—son pequeñas. En este nuestro gran universo, el hombre no es más que un insecto, una hormiga, intelectualmente, si se le compara con el mundo infinito en torno suyo, si se le mide con la inteligencia capaz de abarcar toda la verdad y la sabiduría.

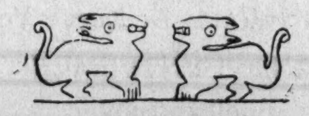
Sí, Virginia, sí hay San Nicolás. Tan de veras existe como existen el amor, la generosidad y la devoción; y Ud. sabe que éstos abundan y dan a nuestra vida su más alta expresión de belleza y alegría. ¡Ay! cuán seco sería el mundo si no hubiera San Nicolás! Sería tan seco como si no hubiesen Virginias. No tendríamos, entonces, fé infantil, ni poesía, ni cuentos de encantamiento para hacer tolerable esta vida. No gozaríamos sino con la razón y con la vista. La luz eterna con la cual la infancia llena el mundo, se extinguiría.

¡No creer en San Nicolás! ¡Es lo mismo que no creer en las hadas! Ud. podría conseguir que su papá pagara hombres para que vigilaran todas las chimeneas en la Noche Buena, (1) con el fin de coger a San Nicolas; pero aunque ellos no viesen bajar a San Nicolás, ¿qué probaría eso? Nadie ve a San Nicolás. Pero eso no indica que no exista San Nicolás. Las cosas más reales en el mundo son aquéllas que no pueden ver ni los niños ni los hombres. ¿Ud. ha visto alguna vez las hadas danzando sobre la hierba? Por supuesto que no; pero eso no quiere decir que no estén aquí. Nadie puede concebir o imaginar cuánta maravilla oculta e invisible hay en el mundo.

Ud. puede romper el cascabel del niño y ver lo que hace ruido dentro de él, pero hay un velo que cubre el mundo invisible que no podrían romper ni el hombre más fuerte ni aun toda la fuerza unida de los hombres más fuertes que han vivido. Sólo la fé, la poesía, la fantasía pueden correr la cortina y ver y pintar la suprema belleza y la gloria del más allá. ¿Es todo esto real? ¡Ah, Virginia, en esta tierra no hay otra cosa real y permanente!

¡Sí hay San Nicolás! Gracias a Dios él vive, y vive para siempre. De aqui a mil años, no, de aquí a diez veces diez mil años, él continuará alegrando el corazón de los niños.

Traducido para el *Repertorio Americano*



(1) La leyenda dice que el la Noche Buena San Nicolás entra a las casas por las chimeneas y deja juguetes a los niños.

Pensares

¿Quieres saber mi edad? Soy un anciano
si la vida se mide por lo sufrido;
medida por los goces, sábelo, hermano:
poco he vivido.

Como don de la suerte, la misma herida
llevan tanto los malos como los buenos,
pues de todas las cosas que da la vida
unas están de más y otras de menos.

Si la vida es así ¿por qué te empeñas
en querer lo que siempre te pone triste?
Si no puedes vivirla como la sueñas,
más vale al fin tomarla tal como existe.

Con lo esperado en vano y lo tenido
sigue siempre viviendo a tu manera,
pues la vida no es sólo el bien habido
sino también, hermano, el que se espera.

Como todo el que busca, soy un romero,
y por el mundo voy, siempre buscando,
penando por las cosas que en vano espero
y por las ya tenidas también penando.

Florecilla

Este vivir sin vida es solamente cosa
de recorrido, hermano:
a un lado está la cuna y al otro está la fosa;
mas entre las dos queda, que es lo que más importa,
la una siempre atractiva, el otro siempre fuerte:
la vida, al cabo corta,
y el arte, hermano mío, más largo que la muerte.

JULIO MERCADO.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica